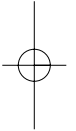
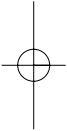
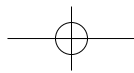
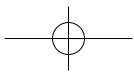


## SERIE INFINITA



**M**





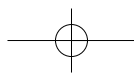
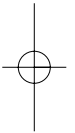
ARTUR BALDER

# Curdy

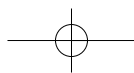
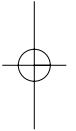
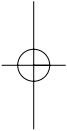
Y LA CÁMARA DE LOS LORES

montena

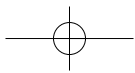
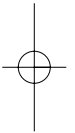
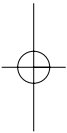
*A Teresa Petit,  
por ser infatigable y pragmática ante los sueños...  
la clase de persona con la que siempre he querido trabajar.  
Que éste sea sólo un pequeño homenaje a tu gran tarea de años  
y que dure muchos, muchos, muchos más.*



*1c  
Dies  
Aeschet!  
Eritemans!*





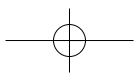
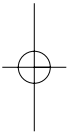
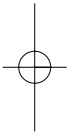


**Pá gebaswian léo**

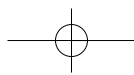
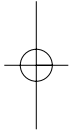
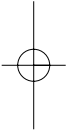
<i>Ic eom indryhten</i>	<i>ond eorlum cuð,</i>
<i>ond reste oft</i>	<i>ricum ond heanum,</i>
<i>folcum gefræge.</i>	<i>Fere wide,</i>
<i>ond me fremdes ær</i>	<i>freondum stondeð</i>
<i>hiþendra hyht,</i>	<i>gif ic habban sceal</i>
<i>blæd in burgum</i>	<i>oþþe beorhtne got.</i>
<i>Nu snottre men</i>	<i>swiþast luftiþ</i>
<i>midwist mine:</i>	<i>ic monigum sceal</i>
<i>wisdom cyþan;</i>	<i>no þær word sprecað</i>
<i>ænig ofer eorðan.</i>	<i>þeah nu ælda bearn</i>
<i>londbuendra</i>	<i>lastas mine</i>
<i>swiþe secað,</i>	<i>ic swaþe hwilum</i>
<i>mine bemipe</i>	<i>monna gehwylcum.</i>

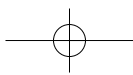
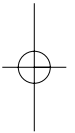
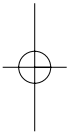
**El león rojo**

Soy un noble muy conocido a pesar de estar callado,  
al cuidado de muchos, humildes y ricos, he estado.  
tanto si proclamo la grandeza del Alto Reino,  
las hazañas de mis iniciados o el poder del Monarca,  
ahora los que se creen tan sabios aman mi extraña manera  
de dar lección sin abrir una boca,  
de imponer razón sin levantar una voz.  
Y si bien todos los iniciados de la Tierra  
con impaciencia se esfuerzan en seguir mis huellas,  
oscuros son a veces mis caminos,  
misteriosas mis palabras, todas ellas acertijos.



# El signo





Al fondo de la mazmorra más profunda de la Torre de Londres, las llamas verdes se encendieron en las tinieblas. El fuego oscilante del hachón comenzó a avanzar por el túnel subterráneo, empujando las sombras a su alrededor. La larga cadena de los presos tintineaba al arrastrarse sobre las irregularidades del suelo hasta que el túnel desembocó en el umbral de una puerta de hierro. El encapuchado se inclinó ante la herrumbrosa superficie y la golpeó. No había cerrojos ni signo alguno que pudiese abrirla desde aquel lado, pero se oyeron crujidos metálicos y la hoja cedió, gruñendo como si se opusiese a ello con la fuerza de cien maleficios. La sombra que empuñaba la antorcha avanzó seguida por los cinco reos a los que apresaba la cadena. La luz vacilante iluminó a un guardián más bajo que los verdugos encapuchados que lo rodeaban, pero que se movía con increíble agilidad para estar tan jorobado y de cuyo brazo inerte colgaba un juego de enormes llaves. La mitad de su rostro apareció entre los pliegues de una basta capucha negra. Era un rostro picado por la viruela, pálido, de mejilla succionada y ceja erizada, y su ojo se parecía al ojo de un pez, húmedo, opaco y desproporcionadamente grande, pues el párpado inferior le colgaba mostrando una espantosa y a la vez melancólica rojez carnosa. Aquel ojo se encontró por un momento con

la mirada de uno de los presos, al que agarró por la cabellera pelirroja.

Un gran corredor abovedado por nervaduras e intrincadas cru-  
cerías descendió hasta el santuario subterráneo: la Cámara de los  
Lores, iluminada por hileras de antorchas de llamas verdes, se pro-  
longaba formando un gigantesco círculo oblongo tallado en los ci-  
mientos de Londres. El resplandor de aquellas luces era capaz de  
alterar la percepción del espacio; los reos parecieron de pronto  
mareados, y acabaron por echarse al suelo y cubrirse los ojos. Fue-  
ron arrastrados hasta el fondo, descendiendo a trompicones por la  
larga espiral tallada en la piedra que formaban las gradas. Uno de  
ellos descubrió en el centro una especie de caldera medio sumer-  
gida en la piedra, ocupada por un fuego líquido al pie de un gran  
arco, de la misma forma que las pilas bautismales de las iglesias,  
con la diferencia de que en su superficie se reflejaban cambiantes e  
incomprensibles imágenes. Parecía un enorme cáliz incrustado en  
el centro de la Cámara. El arco de piedra pertenecía a otra época,  
y ocultaba en su interior la reliquia de la que tanto habían oído  
hablar.

Varias filas de siluetas encapuchadas entraron en la sala y ocupa-  
ron sus puestos en las gradas que rodeaban el espacio central de la  
Cámara. Todas cubrían sus rostros con extrañas y monstruosas más-  
caras metálicas. Algunas ofrecían el aspecto de bestias mágicas, fe-  
meninas y masculinas, otras recordaban a animales conocidos, mas  
todas ellas eran expresiones de horrendas criaturas. Un coro de vo-  
ces espectrales comenzó a recitar letanías por los pasillos, y el mur-  
mullo creció hasta convertirse en una música grave y perturbadora.  
Las luces de las antorchas palidecieron cuando Ranulf de Flambard,  
el poderoso Lord Canciller y a la vez obispo de Durham, vestido  
con una rica túnica encapuchada, de aspecto sedoso y de color vio-  
láceo, sobre la que descansaba un grueso torque de oro, entró en la  
sala para presidir el Juicio del Dios. Su rostro era pálido e inexpr-  
sivo, y sus ojos se clavaban en la nada sin parpadear. Le seguía el  
ominoso Sumo Inquisidor de Inglaterra; ocultaba el rostro con una  
trágica máscara de plata en la que aparecía repujada una perversa

sonrisa, la única en cuyas cuencas abiertas parpadeaban ojos ávidos, amarillos y ansiosos.

Ranulf de Flambard se sentó en una silla de alto respaldo desde la que presidiría el Juicio. El jorobado guardián y sus verdugos se inclinaron como humildes siervos.

El Lord Chambelán dio la orden para iniciar el proceso tras un gesto imperceptible del rostro del Lord Canciller.

—*Inquisitio hæreticæ pravitatis inscriptio.*

El verdugo tiró de la cadena sin piedad y arrojó a los cinco reos en medio del círculo de jueces encapuchados. Se oyeron unos murmullos detrás de las máscaras de los lores, que no tardaron en desvanecerse en un jadeante silencio ante una mirada dominante bajo las cejas fijas e inmovibles del Lord Canciller. Los presos, dos hombres y tres mujeres, parecían haber comido muy poco y tenían el aspecto demacrado y sucio de quienes durante meses han habitado en una mazmorra lejos de la luz del sol. Mas ciertamente si algo estaba prohibido para aquellos presos, eso era que viesen la luz del sol.

El verdugo gruñó algo ininteligible a uno de ellos, que se resistió tenazmente. El jorobado lo apresó ágilmente por la cabellera pelirroja y le obligó a inclinarse a los pies del Lord Canciller. Lo aproximó al reborde del gran cáliz y el fuego verde de las antorchas centelleó y mostró el rostro del preso, que se arrugaba como una tela succionada por el viento. Dos extraños puntos de luz rojos aparecieron en la profundidad del cáliz, un rostro deforme sonrió al preso. Éste no logró articular la palabra, pero su pensamiento lo delató: «¡Grendel!».

Las risas se propagaron cruelmente entre los jueces.

—Grendel... —repitió en alto la voz grave del Sumo Inquisidor tras la máscara de plata.

Una de las manos del Sumo Inquisidor descendió solemnemente: el jorobado apartó entonces los restos andrajosos de la túnica y señaló triunfante la espalda del acusado.

—¡Éste es, Milord! —aseguró su cavernosa voz de sapo.

Los lores murmuraron alrededor.



Un temblor comenzó a sacudir espasmódicamente el cuerpo del reo, al tiempo que su visión se desenfocaba, incapaz de resistirse a la fuerza que lo dominaba. Por fin la sombra del Sumo Inquisidor se aproximó al reo y extendió un brazo, abrió la mano y señaló con la uña una especie de inscripción en antiguo anglosajón que apareció como tatuada en la espalda del pelirrojo al ser tocada por éste.

VERFUAQ SAHTREBQYAO

Con sus últimas fuerzas, el pelirrojo trató de retirar la máscara de plata detrás de la cual se ocultaban aquellos ojos. Por un momento creyó reconocer su mirada... pero ya era demasiado tarde. Mientras el Sumo Inquisidor lo tocaba, causándole gran dolor, la inscripción de la espalda del reo abandonaba su aspecto ennegrecido, la costra saltó y, como si una potente luz ardiese en el interior inundando el cuerpo del preso, las letras de los estigmas se proyectaron desigualmente en la alta bóveda de la Cámara subterránea, haciéndose legible para todos los presentes el mensaje secreto que surgía con un haz de rayos invirtiendo la fórmula mágica anglosajona:

CARDAEATHDS QAD7RQY

—¡Culpable! —gritó el Sumo Inquisidor tras su máscara de plata—. ¿Te resistirás ahora a revelarnos el paradero del incubo? Ya sabemos que Gaufrey es el último eslabón de la cadena, la última puerta antes de desvelar el secreto de la orden.

La voz implacable de Ranulf de Flambard se alzó:

—Es el fin de los años de tu orden —dijo—. Hoy acaba la custodia y la puerta de los secretos se abre. Desde Roma hasta París, desde Colonia hasta las fronteras del este, el final comienza con una cace-

ría. Arderéis en el nuevo fuego y no habrá nada que os salve de las llamas. Aún podrías salvarlos. La familia que vela por los misterios podría librarse de las torturas...

—Piensa en él —dijo el Sumo Inquisidor persuasivamente.

El reo respiraba entrecortadamente, como si una hoguera ya ardiese en su interior, consumiéndole las entrañas.

—Estáis condenados a la peor de las muertes. Vuestra sangre pasará al Sangral de Aurnor, todavía podrías librar al heredero meringio y a su madre de la tortura a la que ningún joven sobreviviría —siguió Ranulf.

El reo cayó apresado por una garra invisible. Pero levantó la cabeza para enfrentarse entre temblores a la mirada despiadada de la máscara de plata.

—Tú...

—Ya es tarde para todo —insistió el Sumo Inquisidor. El jorobado se acercó al pelirrojo y tiró con fuerza de sus cabellos sucios.

—¡Maldición al traidor! —gritó con increíble furia de pronto el condenado—. ¡Y aquel al que persigues ha de conducirte a la ruina, Clodoveo!

—Tu soberbia te delata —dijo el Lord Canciller—. Y mi paciencia se agota. ¿Dirás su paradero? ¿O prefieres que le demos caza y que ardan muchos inocentes en el fuego?

El hombre pelirrojo miró en un último esfuerzo a sus compañeros y cerró los ojos, desesperado pero decidido a cumplir devotamente con su cometido. Una de las mujeres, de rostro delgado y cabeza rapada, observaba el sufrimiento de su compañero.

—¡No lo hagas! ¡No! —susurró fuertemente.

La máscara de plata se volvió hacia ella y las pupilas amarillas la traspasaron con una feroz mirada.

El interrogado miró a su compañera y vio cómo silenciosas lágrimas de coraje abandonaban sus ojos, vidriados por el dolor.

Ranulf de Flambard se alzó violentamente del trono y, tras arrojar una última mirada de desprecio a los presos, dijo:

—No valen mucho más que su ceniza. Su signo nos conducirá hasta el corazón de la orden. Todo está dicho. Sentencia de Fuego.

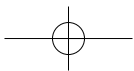
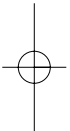
Los jueces encapuchados arrojaron al centro de la sala las teas que sostenían en alto, al tiempo que repetían la palabra «Culpable» formando un coro. Altas llamaradas verdes rodearon el gran cáliz y crepitaron arrastrándose como insaciables demonios hasta alcanzar a los presos, que gritaron desesperados al ser abrazados por el ardor.

Una luz áurea comenzó a brotar de los ojos, de las bocas y de los oídos de los prisioneros. Sus ropas se deshicieron calcinadas, sus cuerpos comenzaron a agrietarse como si la potente energía luminosa que habitaba en su interior se abriese paso, abandonándolos.

Hubo un resplandor alado en medio de las llamas y después llegó la sombra. Un gruñido y una espantosa explosión. El fuego verde latió y una nube de polvo llenó la oscuridad, mientras la ceniza caía y se posaba lentamente alrededor.

Los Cinco Alquimistas habían sido asesinados tras revelar el Signo del León Rojo, y la Gran Inquisición iniciaba su cacería por todo el reino de Inglaterra. Muertos los Cinco Guardianes, había llegado la hora de desvelar el último secreto de la orden.

El iniciado





## DEMASIADO TARDE

¡Oíd! Yo conozco la fama gloriosa  
que antaño lograron los reyes daneses,  
hechos heroicos con que dieron muerte  
nobles lores al monstruo de Grendel...

Después de recitar aquellos versos, el bardo retrocedió unos pasos dejando que algunos de sus juglares hiciesen cabriolas en medio de la sala, imitando burlescamente a guerreros armados con palos. Esa clase de escenificaciones eran una costumbre habitual al comenzar el relato de un bardo o de un Cuentacuentos (al menos en la Edad Media, y corría el año 1099), pues con ello atraía la atención y dejaba que su público se acomodase. La taberna estaba llena de campesinos, leñadores, monjes aburridos, vagabundos de dudosa reputación y algunas mujeres del mercado, así como comerciantes normandos. Uno de los espectadores de las últimas filas, un joven sospechosamente pelirrojo y con el rostro lleno de pecas, se echó la capucha sobre la cabeza al sentir la mirada penetrante de dos viajeros vestidos de negro, con las manos enguantadas, que asistían al relato del bardo, quien tomó de nuevo la palabra y recitó:

Desde tiempos remotos llamábale Grendel  
la gente del reino y los hombres del norte:  
nada ninguno del padre sabía, si fue niño o no,  
tampoco si a otros la vida les dio.  
Harto y violento, el feroz solitario,  
tallado en la tierra habitaba hondo pozo  
donde landas y ciénagas vertían su lodo.  
El monstruo maligno, con rabia demente,  
allá envidiaba en las torvas tinieblas,  
día tras día oyendo a los pájaros  
cantar la memoria de altas hazañas,  
el gozoso alboroto, los sones del arpa  
y la palabra del bardo, que bien recitaba  
de todos los héroes la gesta primera,  
del más grande y fuerte enemigo de Grendel  
por hombres del norte llamado Beowulf..

Pero el pelirrojo ya se conocía el cuento de Beowulf y del sanguinario Grendel, y prefirió abandonar la concurrida reunión. No obstante y sin saber por qué, no le gustó sentirse observado por aquellos dos hombres que tenían todo el aspecto de ser comerciantes normandos precisamente cuando el bardo empezaba a recitar los versos que describían a Grendel, pues él sabía más que el simple pueblo sajón, y Grendel era el nombre de un espantoso y perverso proscrito mágico que había morado en el norte tres o cuatro siglos atrás. Últimamente los inquisidores normandos habían decidido acabar con todos los alquimistas sajones. Y él, Idruk Maiflower, como aprendiz de alquimista, también era un proscrito. Conocía ese tipo de historias mucho mejor que los lugareños, y lo peor de todo es que ni siquiera los grandes alquimistas sabían el verdadero destino de Grendel. Se alejó del fuego, salió a la calle y desapareció entre la gente, en busca de las murallas de Wilton. Pues su gran hora se acercaba.

Todos los miembros de la familia Maiflower, además de proceder del continente, tenían la característica común de ser extraordinariamente pelirrojos, y habían tenido fama de impacientes entre los muchos alquimistas que habitaban la comarca de Wiltshire; pero, de todos ellos, Idruk, el hijo de Gotwif Maiflower, el descendiente más joven de la comarca, había destacado desde pequeño como un auténtico alborotador. Sin embargo, aquella noche su larga espera de catorce años y todas sus horas de impaciencia llegarían a su fin.

Era el día 13 de abril del año 1099. Cumplía catorce años. Finalizaba el largo período durante el cual los alquimistas de casa in-noble, a instancias de las leyes de los inquisidores de las Casas Nobles, estaban condenados a la ignorancia, y poco después de ponerse el sol sería el momento de convertirse en un verdadero iniciado. Al fin podría aprender lo que realmente le interesaba.

El joven Maiflower deambulaba ahora por las afueras de Wilton, observando con desinterés los quehaceres de los campesinos, las entradas y salidas de bueyes tirando de carros cargados de sacos, los frailes rezagados que volvían a la caída de la tarde a sus celdas en la abadía de Amesbury, después de haber hecho acopio de víveres en el mercado. La ciudad medieval se extendía como un laberinto de casas en cuyas fachadas se veían sus armazones de madera coronados por pesados tejados, por encima de los cuales se destacaban las almenas y las torres de vigía de la muralla normanda. Desde que William el Conquistador había levantado sus fortificaciones de piedra, a nadie le cabía ninguna duda de que los normandos eran grandes constructores. Idruk admiraba sus edificios, y se había dado cuenta de que cada sillar y cada arco estaba marcado por algún símbolo que sólo sus picapedreros eran capaces de descifrar. Se había percatado de que los normandos importaban desde el continente un arte misterioso que se reflejaba en sus piedras, y se preguntaba durante cuánto tiempo más tendría que esperar para poder acceder a aquel mundo de secretos, historia, magia y poder. Si algo atraía su atención eran los acertijos, y esto no porque fuera especialmente aplicado, sino porque era consciente de que los enigmas y los sím-



bolos le conducían al verdadero conocimiento del alquimista y, así, sin que la gente normal y ajena a los quehaceres de las sociedades secretas pudiera saberlo, se aproximaba al verdadero poder del que las casas y familias inferiores habían sido privados desde hacía dos siglos: al conocimiento alquímico y a su ejercicio.

Idruk Maiflower no era tan alto como cabría esperar en un muchacho de su edad; aunque de anchas espaldas, no era gordo ni flaco, y en su cara lechosa y llena de pecas aparecía un gesto alegre y a la vez inteligente, siempre y cuando se apartara los mechones que, como hebras de cobre mal bruñido, le daban el aspecto de un vagabundo embrujado. Tenía ojos vivaces de un azul muy oscuro y, con magia o sin ella, lo cierto es que no había manos más hábiles que las suyas a la hora de robar baratijas en el mercado de la ciudad. Pero la razón por la que el joven Maiflower destacaba entre muchos otros era su capacidad para hacerse con los secretos ajenos, pasando por encima de las prohibiciones que habían imperado en los últimos doscientos años. Conocía las marcas secretas de todas las hermandades de la ciudad; las de los albañiles, las de los orfebres, las de los canteros, las de los judíos, y todas sus contraseñas. No sabía de dónde procedía aquella curiosidad, que no parecía tener demasiados antecedentes familiares. Si Idruk había desarrollado una capacidad innata, ésta había sido la de escrutar en los mensajes que pasaban desapercibidos; así, lo que era habitual en los alquimistas, en él era doblemente cierto. Ésa era la razón por la que había logrado pasar desapercibido para la mayoría de los habitantes de los alrededores, pero no para un alquimista al que los lugareños más ignorantes llamaban simplemente Luitpirc.

Como su propio nombre indicaba, Luitpirc era un franco y procedía del continente. Fue el maestro de la Hermandad de Alquimistas de Wiltshire hasta que resultó proscrita por los decretos inquisitoriales pronunciados en Londres al amparo del obispo de Durham, Ranulf de Flambard, la mano derecha del nuevo rey normando, William Rufus. No eran pocas las horas que Idruk Maiflower y algunos de sus amigos habían pasado en el destartalado laboratorio de Luitpirc, a las afueras de Wilton y no muy lejos del bosque de Clarendon. El famoso alquimista y Cuentacuentos apa-

recía y desaparecía tras largos viajes, y al menos entre los alquimistas innobles de Wilton gozaba de un respeto incondicional. Traía noticias del continente, donde acontecían grandes cambios, que eran divulgadas en El Puerco Degollado, la taberna de peor reputación entre los alquimistas y brujas de todo el condado.

Idruk se recostó contra la muralla y se echó la capucha parda. ¿Por qué el tiempo transcurría tan lentamente cuando uno esperaba? Y su impaciencia volvió a traicionarle, así que se entretuvo mirando el camino que procedía del norte, por el que iban y venían tantos viajeros.

Hasta que no se pusiese el sol no llegaría la Hora del Iniciado, y en eso todos los alquimistas estaban de acuerdo: el primer momento debía estar bien escogido. Y mientras el sol se hundía en las colinas del oeste, detrás de una vasta llanura moteada por manchas boscosas, Idruk recordó las terribles noticias que corrían de boca en boca. Rumores de grandes inquisidores en Londres; hogueras que empezaban a arder en las plazas fuertes del reino de los francos y que prometían extenderse por el reino de Inglaterra; juicios y persecuciones de toda índole. Órdenes de caballeros que viajaban por la tierra en busca de extraordinarios secretos. Ataques demoníacos y dragones que se adueñaban de montañas y valles, después de devorar aldeas enteras. Había oído hablar de un enorme libro que William Rufus mandaba abrir a cuatro cancilleres para que allí los escribanos anotasen todas sus pertenencias. Fuera o no cuento, el Libro del Gran Registro de la Inquisición de Inglaterra tenía el tamaño de un hombre y miles y miles de páginas, y parecía ser uno de los libros más malditos escritos jamás...

Entonces el vuelo de unos cuervos se alzó en el crepúsculo y atrajo la atención del joven. Graznaban con inusitada fuerza sobrevolando el perfil negro de la muralla. Por fin era demasiado tarde para visitar a su amiga Ylke y demasiado pronto para ir en busca de alguna cena a la casa de los Plumbeus, y la hora se acercaba. El pelirrojo se levantó, se ajustó la capucha y caminó hacia el crepúsculo junto a unos olmos deshojados, hasta que su silueta desapareció en los campos como una sombra.